

La semiosis de la italianidad en la cultura letrada Argentina.

Semiosis of italianness in Argentine written culture

NORMA FATALA

(pág 21 - pág 31)

RESUMEN. Deseada y después temida por las élites decimonónicas, la inmigración, fundamentalmente italiana, transformó la fisonomía de la sociedad argentina, ya que la proporción de la masa inmigratoria con relación a la población nativa fue “la más alta conocida en el planeta” (Halperin Donghi, 1987:191). La amenaza del número influyó entonces de manera decisiva en los intentos de cristalizar una identidad nacional que excluyera a los inmigrantes del poder simbólico y político. En ese marco, este trabajo focaliza la italianidad en cuanto condición productiva de los discursos identitarios de las élites letradas argentinas durante el período de mayor flujo inmigratorio (1870-1920). Italianidad no remite aquí a una sustancialidad ahistórica, sino al conjunto de propiedades y cualidades (generalmente negativas) que configuran discursivamente el lugar del *otro* por oposición al cual se construyen el *Yo* y el *Nosotros* que se arrojan el “*derecho de ciudadanía*” (Angenot 1989:32).

Palabras clave: discurso social, migraciones, identidades, etnocentrismo, integración.

ABSTRACT. Wanted at first, but then feared by the nineteenth century local élites, migrations - mainly Italian-, transformed the physiognomy of Argentine society because the proportion of the migratory mass in relation with the native population was “the highest known in the planet” (Halperin Donghi, 1987:191). Consequently, the threat of numbers influenced the attempts to crystallise a national identity that would exclude immigrants from symbolic and political power.

In this connection, this paper focuses Italianness as a productive condition for the identitarian discourse of Argentine learned élites during the period of greater migratory flux (1870-1920). Italianness does not refer here to an ahistorical substance, but to the set of (generally negative) properties and qualities that shape discursively the place of the *other*, in opposition to which the subjects assuming the *right of citizenship* (*I* and *We*) are configured (Angenot 1989:32).

Keywords: social discourse, migrations, identities, ethnocentrism, integration.

NORMA FATALA es Doctora en Semiótica por la Universidad Nacional de Córdoba). En la actualidad, es profesora del Área Lengua del Taller de Lenguaje I y Producción y Gráfica (Facultad de Ciencias de la Comunicación-UNC), dirige el proyecto de investigación

“Prensa gráfica y discurso social. La construcción discursiva del pasado reciente”, de orientación sociosemiótica (FCC-UNC) y participa en el programa de investigación Discurso Social (CEA-FCS –UNC). Sus campos de interés incluyen el Discurso Social y los discursos sociales (político, económico, periodístico, religioso); la prensa gráfica; sujetos e identidades y la construcción discursiva de la memoria. Ha publicado diversos artículos en libros y en revistas académicas nacionales e internacionales.

FECHA DE PRESENTACIÓN: 08/03/2023 **FECHA DE APROBACIÓN:** 11/09/2023

1. POBLAR EL DESIERTO

Il Plata è la Nostra Australia

La inmigración italiana en Argentina se relaciona en sus inicios con la formación del Estado nacional y la ampliación territorial operada por la conquista del desierto. La desmesurada llanura, escasamente poblada, fue un espejismo irresistible para las poblaciones campesinas privadas del acceso a la tierra en Europa. No todos los inmigrantes, sin embargo, se afincaron en áreas rurales, muchos eligieron las ciudades para desempeñar sus oficios y provocaron una explosión demográfica urbana. Paradójicamente, la babelización cosmopolita de las ciudades, especialmente Buenos Aires, redundaría en la reaxiologización del *campo* en el discurso de las minorías letradas.

La enorme llanura que se extiende sobre la porción oriental del territorio ha constituido el epítome de la vida rural argentina, recurrentemente recuperado como matriz originaria de la identidad nacional. Sin embargo, un repaso sumario de los discursos sociales desde la Independencia pronto revela que el prestigio “originario” del campo es un fenómeno bastante tardío, producto de las mutaciones epocales en su figurativización y en su valoración. Así, en los textos de la generación del 37, la *pampa* equivale a *desierto*; *naturaleza desmesurada* que sólo puede producir barbarie y anomia y, por lo tanto, ha de ser dominada y civilizada. En el paradigma ilustrado del *Facundo* (Sarmiento, 1965 [1845]), la axiologización del *par nocional* (cf. Angenot 1982:111-114) *civilización (+) / barbarie (-)* es estrictamente correlativa a la de *ciudad (+) / campo (-)*. Congruentemente, las poblaciones dispersas en esa enorme llanura sólo pueden ser salvajes, degradadas, o irremediamente atrasadas. Sarmiento llega a postular una *no-contemporaneidad* empírica, dos cronotopos simultáneos: un medioevo rural, detenido en el siglo XII, y una modernidad urbana decimonónica (1965).

En la organización nacional, la correlación de estos *pares ideológicos* (cf. Angenot 1982:111-114) encontrará su interpretante en la máxima de Alberdi *gobernar es poblar*, una proposición de ilusoria transparencia que articula todo un programa de estatidad, donde la territorialización del espacio anómico (la conquista del desierto) involucra el sometimiento (o el exterminio) del indio y, posteriormente, una colonización selectiva:

El Gobierno federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias, e introducir y enseñar las ciencias y las artes (Art.25, Constitución de la Nación Argentina).

Las implicancias racistas del discurso ilustrado caen no sólo sobre el *salvaje*, sino, en realidad, sobre todos los naturales del país. Forjados en el menospreciado pasado colonial, las prácticas y los *habitus* de los criollos parecían poco propicios para el desarrollo de una democracia representativa. La inmigración europea que estos discursos preveían venía así a cumplir un triple rol en la organización nacional: aumentar (en cantidad y calidad) la reducida población local para garantizar la ocupación del territorio, desarrollar una economía acorde con los tráficos internacionales y proveer la base ciudadana de una forma de gobierno moderna (Halperin Donghi, 1987).

El afán *epocalista* (Geertz, 1989), que impulsó a los hombres de la organización nacional a promover la inmigración, pronto sufriría serias perturbaciones, ya que los millones de migrantes que ingresaron al país – como política de Estado, a partir de 1856, pero, fundamentalmente, entre 1880 y 1930- produjeron un fenómeno inédito, una especie de *colonización desde abajo*.

Si, como esperaban las dirigencias, la inmigración hizo posible la instalación de un nuevo modo de producción, esto resultó inseparable de la conmoción de las estructuras sociales precapitalistas y de la consecuente aparición de nuevos agentes sociales, desde los fundadores de sindicatos obreros, pasando por la incipiente clase media, hasta llegar al insoportable *burgués aureus* de Ramos Mejía, que en poco tiempo iba a disputar posiciones en el espacio social.

La inmigración vino así a aportar un aliciente más al giro de tuerca *esencialista* (Geertz, 1989) que imponía la efectiva unificación del país después de décadas de conflictos interprovinciales. Era hora de responder las consabidas preguntas: *quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos...*

2. EL GAUCHO: DEL PANFLETO A LA ÉPICA NACIONAL

En 1872 aparece *El gaucho Martín Fierro*, de José Hernández. La edad de oro evocada con nostalgia por el narrador protagonista remite a la larga duración del modo de producción pastoril. En el tiempo casi detenido de esta economía de subsistencia, escasamente monetizada, no hay cambio, no hay progreso, no hay cálculo ni ahorro.

El problema -la *complicación*, narrativamente hablando- comienza para los gauchos y para Martín Fierro, su metonimia, con la organización nacional y su diagramación del espacio. Bajo esa nueva legalidad, se desvanece el derecho consuetudinario que sustentaba la vida pastoril. En el poema hernandiano, el gaucho no es *románticamente vencido* por el progreso; sino *excluido* de él.

El poema, por lo demás, contribuye a instalar (o a reforzar) en la *doxa* ideologemas de gran persistencia, lo que explica sus múltiples y diversos efectos de poder. Virginalmente *inocente* con respecto a las nuevas ideas, Martín Fierro se enfrenta con los aparatos del Estado, no con la estructura de la sociedad civil. De ahí que el gaucho y el estanciero pueden reconocerse en una matriz identitaria criolla y campesina que, además de su oposición muchas veces explicitada con los “puebleros”, se define etnocéntricamente con respecto a otras alteridades: el “salvaje” aborigen; el negro, de ambiguo estatuto; y, sobre todo, el italiano, ya aquí denominado “gringo”, ridiculizado por su *inadecuación* para la ganadería y por su *barbarie* lingüística.

Era un gringo tan bozal,
Que nada se le entendía,
¡Quién sabe de ande sería!
Tal vez no juera cristiano,
Pues lo único que decía
Es que era *pa-po-litano*.

...

Yo no sé por qué el Gobierno
 Nos manda aquí a la frontera
 Gringada que ni siquiera
 Se sabe atracar a un pingo.
 ¡Si creerá al mandar un gringo
 Que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo,
 Pues no saben ni ensillar;
 No sirven ni pa carniar;
 Y yo he visto muchas veces
 Que ni voltiadas las reses
 Se les querían arrimar (Hernández, 1960, pp. 53-55).

En tanto en *El gaucho Martín Fierro* las propiedades negativas del italiano remiten fundamentalmente a su incapacidad para la explotación ganadera y constituyen una crítica a las políticas inmigratorias orientadas al desarrollo de la agricultura, la abrumadora inmigración italiana de los 80 (el 70 % de los arribos, según Devo- to (2003)) detona interpretantes más enconados. Una novela naturalista de Eugenio Cambaceres, *En la sangre* (1887), tiene la peculiaridad de construir como vicios gené- ticos las virtudes generalmente adjudicadas a los inmigrantes italianos: la capacidad de trabajo, el ahorro, el afán de progresar. Sus personajes son brutales, avaros, misera- bles y desmedidamente ambiciosos

Arrojado a tierra desde la cubierta del vapor sin otro capital que su codicia y sus dos brazos, y ahorrando así sobre el techo, el vestido, el alimento, viviendo apenas para no morir de hambre, como esos perros sin dueño que merodean de puerta en puerta en las basuras de las casas, llegó el tachero a redondear una corta cantidad.

Iba a poder con ella realizar el sueño que de tiempo atrás acariciaba: abrir casa, esta- blecerse, tener una clientela, contar con un número fijo de *marchantes*; la ganancia de ese modo debía crecer, centuplicar, era seguro... ¡Oh! ¡sería rico él, lo sería!

Y deslumbrado por la perspectiva mágica del oro, hacía la ilusión de verse ya en el Banco mes a mes, yendo a cambiar el rollo de billetes que llevara fajado en la cintura por la codiciada libreta de depósito (1887, p.16).

No se trata, sin embargo, de la lectura más extendida. A fines del 1879, han comenzado a aparecer en el matutino *La Patria Argentina*, las entregas de un folletín de Eduardo Gutiérrez, *Juan Moreira*, una crónica ficcionalizada de las desventuras de un gaucho perseguido por la justicia; aunque, esta vez, con un referente empírico. El mundo que construye el relato no remite a un pasado en extinción, como en el Martín Fierro, sino que apunta al *efecto de real* de las condiciones de reconocimiento contemporá- neas. Su rotundo éxito y la posterior transformación en pieza teatral (1886) le permiten consolidar un público *urbano* entre poblaciones ya mixturadas, donde el *criollismo* es una forma de integración (Prieto, 1988).

Para la elite cultural, el *criollismo* aparece como un síntoma de la degradación del modo de vida nacional provocada por una urbanización multitudinaria y cosmopolita. Correlativamente, los efectos de poder de la isotopía cultural sarmientina *civilización (+) / barbarie (-), ciudad (+) / campo (-)*, empiezan a palidecer

La concurrencia que asiste a nuestros teatros no es gaucha, y muy probablemente su casi totalidad no ha vivido jamás en el campo, y gran número ni siquiera ha salido de la ciudad: en los circos inferiores se compone de la gente suburbana, mezcla de orilleros y compadritos; en los otros teatros, es la de nuestras capas sociales intermedias, dependientes de negocios al menudeo en gran parte, los que ceden al singular influjo de adorar lo criollo y lo gauchesco [...] Pero es digno de notarse que los artistas que se dedican a esa interpretación son italianos o hijos de italianos [...] También el grueso público que noche a noche aplaude a los italianos “gauchescos”, tiene el mismo origen: se compone, en su mayoría, de los criollos hijos de italianos (Quesada, 1983, pp. 151-152).

Aunque los diagnósticos (y los remedios) difieren, el *pathos* que atraviesa los discursos de las élites dirigentes es inseparable del temor de las multitudes y de sus efectos sobre los propios capitales específicos.

La diatriba de Ernesto Quesada (1983) contra el criollismo se inscribe en el retorno a los orígenes del nacionalismo cultural. Un retorno -como todos- de interés contemporáneo, que opone a la babelización cosmopolita una matriz étnica de la identidad nacional (hispanoamericana, católica, pastoril), previa al aluvión inmigratorio y, por lo tanto, perpetuamente fuera de su alcance (cf. Rubione, en Quesada, 1983, p. 19).

Quesada subvierte así la axiologización ilustrada del par ciudad /campo; a la vez que cristaliza como *tradición legítima* la complementariedad irreductible entre élites y pueblo: el gaucho era el sustrato de la nación, pero los únicos que podían entenderlo (y gobernarlo) eran los estancieros.

Nada es más simpático que el gaucho verdadero: nadie más noble, más fiel, más esforzado ni más hábil; es el compañero seguro del patrón, que descansa en él sin temor: pero es preciso tratarlo con el respeto que merece el hombre libre y altivo (Quesada 1983, p. 149).

Una construcción que revela la complejidad de sentimientos que la inmigración evoca en las élites nativas. No se trata tan sólo de la conflictividad social de las multitudes laborantes, con sus conatos socialistas o anarquistas; sino de la creciente presencia en la esfera pública de los que *ya* han progresado. En ese sentido, el discurso de Quesada se inscribe en una estrategia generalizada: *retener la administración del poder simbólico*, tanto en su aspecto ideológico como político. Un implícito que Lugones pondrá en discurso, de manera casi brutal, veinte años después

La condición de ciudadano comporta dominio y privilegio para administrar el país, porque éste pertenece exclusivamente a sus ciudadanos, en absoluta plenitud de soberanía [...] Somos los dueños del país. Y de tal modo, si sólo quedáramos

mil argentinos entre diez millones de extranjeros residentes, seríamoslo sin duda (Leopoldo Lugones: “Ante la doble amenaza” (1923), (Terán, 2004, pp. 42-43).

Más allá de las diferencias que imponen un marco conceptual positivista y una perspectiva política más liberal; el mismo mandato, la misma tópica y el mismo *patbos* subtienden el discurso de Ramos Mejía. En él, como señala Terán (1987), el temor a la multitud se traduce en la constitución del sujeto colectivo *muchedumbre* según un modelo biologista en el cual la vitalidad de las multitudes rurales habría de regenerar, vía el mestizaje, no sólo a las corrompidas muchedumbres urbanas, sino a los inmigrantes; las “*multitudes gauchas*”, abnegadas y conservadoras, aparecen así, por primera vez, como el remedio para los males de la época.

El proyecto integrador (y disciplinador) de Ramos Mejía (1974) no se agota, sin embargo, en la expectativa de una miscigenación “adecuada”, sino que apunta a un segundo florecimiento de la nacionalidad, en un sentido moderno, a través de la educación de los hijos de la inmigración, en una escuela con un alto grado de ritualización patriótica. No obstante, bajo el razonamiento positivista, a menudo lombrosiano, hay un filón pasional – el de su propia pertenencia a la “gente decente”- que impulsa una y otra vez a Ramos Mejía a enfatizar la inferioridad de los inmigrantes y a explicar sus logros por la influencia del medio físico, una especie de *geogénesis*, donde la naturaleza (del país) propicia la evolución de organismos antes situados en los peldaños inferiores de la escala zoológica

Despiértalo [...] finalmente, la inmensa llanura, aquella nuestra sin igual llanura, sin sombras, como sus melancólicos y remotos horizontes, cubierta de trigales y de verdes maizales, como no se los imaginó, ni en sueños de delirante grandeza ese *patán*, tan fecundo bajo este sol, dentro de este aire, sobre el inmenso río patrio, mansamente rugiente en su largo trayecto.

...

Me asombra la dócil plasticidad de ese italiano inmigrante. Llega amorfo y protoplasmático a estas playas y acepta con profética mansedumbre todas las formas que le imprime la necesidad y la legítima ambición. Él es todo en la vida de las ciudades y de las campañas [...] con la misma mano con que echa una bendición [...] abre la tierra que ha conquistado con su tesón y fecundado con su trabajo

Con deciros que de ciertos trabajos hasta al *gaucho* han desalojado. Cuando salís un poco afuera, un tipo extraño de burlesco centauro os hiere la vista [...]. Al pasar por la pulpería le silban y vilipendian; su figura antiestética despierta la hilaridad, pero él sigue su destino: no acepta la *copa*, ni la *mañana*, ni la *chiquita*, ni el *coferío*, ni la *gárgara*. Va a su propósito: cobra sus capones vendidos, arregla la conducción de una tropa, la verificación de una esquila, la compostura de una olla, el préstamo del organillo, o el blanqueo de una casa, y torna luego al puesto o a la estancia, que poco tarda en tenerla, para acondicionar en lugar seguro la guardaña, suculeto producto de su incesante trabajo y de su fregoliforme multiplicidad de aptitudes humildes, pero proficuas. (Ramos Mejía, 1974, pp. 209-211)

Atendiendo a Ramos Mejía, deberíamos concluir que los inmigrantes italianos habían llegado no de una de las culturas más antiguas de Europa, sino de algún planeta

salvaje, para ser *territorializados* (humanizados) por “nuestra sin igual llanura” y nuestro “río patrio”, con el efecto casi mágico de inducir en ellos no sólo el trabajo y los oficios, sino *el aborro* y *el cálculo*. Un efecto igualmente mágico tienen las *calles* de Buenos Aires sobre los cerebros de los niños inmigrantes, cuyo desarrollo resulta así más precoz que el de los niños “bien” y explica “su superioridad en todos los ejercicios de la escuela” (Ramos Mejía, 1974, p. 214).

Por cierto, esta estrechez cultural podría adjudicarse al estado contemporáneo de la ciencia, pero no hay que menospreciar el *pathos* de desterritorialización que la sustenta y que hace eclosión al final del mismo capítulo, en sus prevenciones sobre el *burgués aureus* y su potencial ingreso a la política (Ramos Mejía, 1974, p. 222).

La recuperación del campo, del gaucho y de la poesía gauchesca como constitutivos de una identidad nacional originaria tiene una coronación y un cierre provisorio en *El payador*, una serie de conferencias ofrecida por Leopoldo Lugones en 1913, en el teatro Odeón de Buenos Aires, publicada tres años más tarde. Su objetivo era la consagración de *Martín Fierro* como poema épico nacional:

Si se recapitula los elementos de este estudio, fácil será hallar en el gaucho el prototipo del argentino actual [...] No somos gauchos, sin duda; pero ese producto del ambiente contenía en potencia al argentino de hoy, tan diferente bajo la apariencia confusa producida por el cruzamiento actual. Cuando esta confusión acabe, aquellos rasgos resaltarán todavía, adquiriendo, entonces, una importancia fundamental el poema que los tipifica, al faltarles toda encarnación viviente (Lugones, 1991, p.37).

Lo interesante, sin duda, es el proceso de estetización de la figura del gaucho, a través del cual la metonimia de una clase desheredada realmente existente, construida por Hernández, puede transformarse, *gracias a la conveniente desaparición de sus referentes empíricos*, en una metáfora de la nación.

No obstante, el intento del nacionalismo elitista de instaurar al gaucho como símbolo de la diferencia originaria que fundaba su propia superioridad es una batalla perdida de antemano. Los dispositivos de identificación que operan, contemporáneamente, en el discurso social son producto de la “confusión” que tanto inquieta a Lugones y a Quesada. No se trata de miscegenación (en ese momento los inmigrantes se casan fundamentalmente entre ellos), sino del impulso de integración que favorece una suerte peculiar de *acriollamiento* -es decir, de reterritorialización del migrante en las prácticas culturales del país de elección-, sin entrar en contradicción con las disposiciones traídas de allende el mar: el trabajo sistemático, el deseo de progresar, el ahorro, el cálculo, y también la capacidad de asociación y de agremiación. Una conjunción cultural que pone en desventaja a los sectores subalternos nativos, desafía el *status quo* de las élites y desestabiliza la estructura social; sentando las bases dóxicas de una nueva sociedad, de una nueva ciudadanía, de un nuevo etnocentrismo.

3. LA PAMPA GRINGA O EL GRANERO DEL MUNDO

En el ámbito rural, son tan notables las transformaciones operadas a comienzo del siglo XX que, Florencio Sánchez en *La gringa*, publicada en 1904, puede poner en escena una

reformulación realista del gaucho vencido por el progreso (Obligado, 1944) como la derrota del viejo modo de producción (/pastoril/, /criollo/) por el nuevo (/agrícola/, /gringo/):

CANTALICIO- [...] ¿Te parece cosa linda que de la mañana a la noche, un estrangi del diablo, que ni siquiera argentino es, se te presente en la casa que has nacido, en que te criaron tus padres y vivieron tus agüelos... se te presente y te diga: fuera de acá, este rancho ya no es tuyo, ni ese campo es tuyo, ni esos ombuses, ni esos corrales, ni esos cercos son tuyos? [...] ¿Te parece justo y bien hecho?

PRÓSPERO- ¡Qué más remedio! Si usted me hubiese dado el campito cuando yo se lo pedí pa sembrarlo, no se vería en este trance: pero se empeñó en seguir pastoreando esas vaquitas criollas que ya no sirven ni pa... insultarlas, y cuidando de sus parejeros y puro vivir en el pueblo, y dele al monte y la taba... y, amigo... a la larga no hay cotejo... (Sánchez, 1963, p.38)

Este intercambio, un enfrentamiento generacional entre el padre criollo, apegado a la tradición, y su hijo, que ha incorporado las nuevas formas de producción y previsión, constituye el clímax pasional de la obra, porque es el hijo, no el diablo, el que sanciona la definitiva obsolescencia del viejo modo de vida. Pero, a la vez, esta transformación cognitiva del joven criollo es el punto de fuga de la circularidad y una apertura a la diferencia, que permite a Sánchez conducir el drama a un final feliz: la miscegenación, el crisol donde se funde la raza (argentina) del futuro

PRÓSPERO- Búsquenme la última gringuita de éstas y verán qué mujer así les sale... qué compañera pa todo... habituada al trabajo, hecha al rigor de la vida, capaz de cualquier sacrificio por su hombre o por sus hijos... ¡Amalaya nos fuéramos juntos todos los hijos de criollo y de gringo y verían qué cría! (p. 34)

...

HORACIO- Miren qué linda pareja...Hija de gringos puros...hijo de criollos puros...De allí va a salir la raza del porvenir (Sánchez, 1963, p.81)

En Sánchez, como en Ramos Mejía, la tensión de la época al progreso material se concretiza en la figura del inmigrante enriquecido -en este caso, devenido estanciero- que tan pocos inmigrantes pudieron actualizar. Sin embargo, las chacras -explotaciones agropecuarias pequeñas y medianas- se multiplicaron en toda la geografía de la pampa y produjeron la segunda figura arquetípica del campo argentino: el *chacarero*. Una figura sin los contornos lúdicos y heroicos del gaucho, cuyas propiedades son el trabajo intenso, la vida austera, la previsión, el progreso. Una subjetividad prosaica, *sujetada* a la tierra y en relación agónica con la naturaleza, que, a diferencia del gaucho, puede impugnar las estructuras sociales.¹

La figura del chacarero monopolizará el imaginario popular urbano² de *la gente de campo* durante casi un siglo (el mismo tiempo en que la ascendencia europea se iba transformando en un rasgo identitario de la Argentina “blaqueada”). El campesinado criollo, que no se había diluido con el sol, como la sombra de Santos Vega; deviene casi *imperceptible*: son los peones y jornaleros, o los pequeños productores de las zonas más inhóspitas del país.

4. EN SUMA...

Argentina es, probablemente, el país más italiano fuera de Italia y, a estar con un artículo sobre emigración aparecido en el *Corriere Della Sera* (07/10/16), sigue siendo el destino más frecuente de los emigrantes. Esto se explica en parte porque a los italianos les fue proporcionalmente mejor en Argentina que en cualquier lugar del mundo (Devoto, 2003), lo que no significa, desde ya, que todos se enriquecieran. Por cierto, un elevadísimo porcentaje de grandes empresarios son descendientes de italianos, pero lo mismo puede decirse de más del 60 por ciento de la población.

La italianidad, sin embargo, opera de manera poco transparente. Es verdad que hay costumbres, comidas y técnicas que se han preservado, también los elementos suprasedimentales como el tono y la gestualidad que distinguen el habla de los argentinos llevan su impronta; pero, en el período que nos ocupa, su verdadero poder de desterritorialización, de desestabilización de las identidades y estructuras sociales preexistentes estuvo en el número, en las disposiciones previas y, paradójicamente, en el afán de integración.

La reinención de los orígenes que las élites locales intentaron en el giro de siglo XIX–XX: es decir, la transformación del gaucho en el paradigma identitario nacional, la reaxiologización del campo, la reivindicación del vínculo con España (devenida la Madre Patria) y hasta la aparición de un modernismo arquitectónico neocolonial pueden considerarse como dispositivos de una reacción conservadora de interés contemporáneo, verdaderos efectos de sentido de una italianidad que se derramaba en *habitus* y prácticas en todas las esferas productivas, en el agro, en talleres y fábricas, en la arquitectura y hasta en la naciente industria cultural. Reacción fallida, por otra parte, no sólo porque los hijos de la inmigración integraron, como se ha visto, el criollismo a su propia herencia cultural; sino porque la mística originaria no pudo (no podía) retrotraer el orden social al estado previo al aluvión inmigratorio.

NOTAS

¹ En 1912, el mismo año de la Ley Sáenz Peña, se produce la primera huelga rural argentina, el “Grito de Alcorta”, una huelga de pequeños y medianos arrendatarios mayoritariamente inmigrantes contra los abusos de los terratenientes. El 15 de agosto de ese año, los chacareros, reunidos en la Sociedad Italiana Giuseppe Verdi de Rosario, fundaron la Federación Agraria Argentina.

² Hace varias décadas, sin embargo, que el chacarero viene reduplicando la suerte del gaucho: *devenir redundante*; esta vez, a manos de la industrialización desertificadora, la “agricultura sin agricultores”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANGENOT, M. (1982). *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. Payot.
 — (1989). 1889 *Un état du discours social*. Le Préambule.
 CAMBACERES, E. (1887). *En la sangre*. Imprenta de Sud-América
 DEVOTO, F. (2003). La inmigración. Academia Nacional de la Historia: En, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, T. IV, (pp.77-107). Planeta.
 HERNÁNDEZ, J. (1960). *El gaucho Martín Fierro y La vuelta de Martín Fierro*. Ed. Sopena. (Originalmente publicado en 1872)

- GEERTZ, C.** (1989). *La interpretación de las Culturas*. Gedisa.
- HALPERIN DONGHI, T.** (1987). ¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)". En, T. Halperin Donghi, *El espejo de la historia* (pp.189-238). Sudamericana.
- LUGONES, L.** (1991). *El payador*. Biblioteca Ayacucho. (Originalmente publicado en 1910)
- Obligado, R.** (1944). El alma del payador. En, M. E. Robredo y M. L. Rumora: *Selección*, (pp.327-330). Ed. Estrada. (Originalmente publicado en 1883)
- PRIETO, A.** (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Ed. Sudamericana.
- QUESADA, E.** (1983). El 'criollismo' en la literatura argentina. En, E. Quesada (Ed.), *En torno al criollismo. Textos y polémica*, (pp.105-230). CEAL.
- RAMOS MEJÍA, J. M.** (1974). *Las multitudes argentinas*. Ed. Biblioteca.
- SÁNCHEZ, F.** (1963). *La gringa*. En *Breve historia del teatro argentino, IV. La época de oro* (pp. 25-81). Eudeba. (Originalmente publicado en 1904)
- SARMIENTO, D. F.** (1965). *Facundo. Civilización y barbarie*. EUDEBA.
- TERÁN, O.** (1987). *Positivismo y nación en la Argentina*. Puntosur.
- (2004). Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980. En, O, Terán (Coord.) *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, (pp.13-95). Siglo XXI.
- VERÓN, E.** (1993). *La semiosis social*. Gedisa.

